

LOS OVNIS DE HUMBOLDT

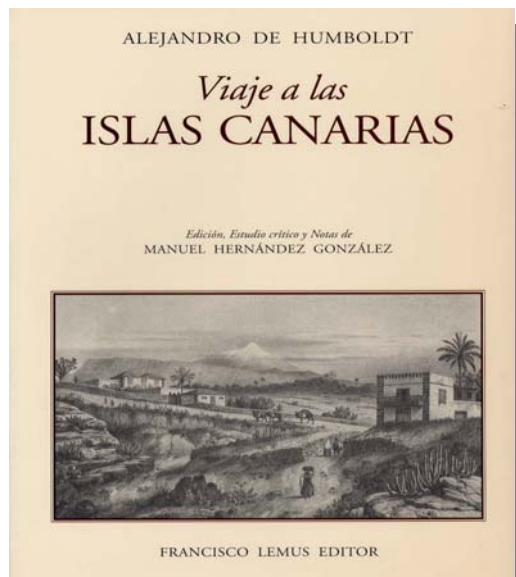
Ricardo Campo P. (España)

Algunos historiadores de la ufología suelen iniciar sus crónicas remontándose a siglos pasados tratando de descubrir fenómenos similares a los que representa la actual iconografía ufológica. Este proceder, en general incorrecto, no pasa de ser una labor de rastreo intuitivo propensa a encontrar ovnis en cualquier fenómeno aéreo poco claro y mal descrito. En otros siglos predominaban las explicaciones sobrenaturales para fenómenos que luego la ciencia moderna despojó de todo halo mágico. Por ejemplo, y ya que me refiero a un 'halo', un halo solar fue lo que los habitantes de Cifuentes (Guadalajara, España) contemplaron la mañana del 3 de febrero de 1672 cuando, según las crónicas, se observaron tres soles: el habitual y otros dos a los lados, también refulgentes (1).

En ocasiones estos sucesos son recogidos como prueba de que en épocas "no platillistas" también se producían fenómenos celestes extraños, de lo cual no hay duda, pero sí de que su naturaleza sea la que implícitamente se quiere evidenciar (2). El suceso que veremos a continuación reúne algunas de estas características: cumplió 200 años en 1999 y fue asimilado a un fenómeno desconocido por comentaristas actuales. Sin embargo, su principal observador le asignó una explicación, que aquí confirmaré con los correspondientes datos técnicos.

Nuestro testigo fue un destacado científico del siglo XVIII: el geógrafo, naturalista y navegante alemán Alexander von Humboldt. Ejemplo típico del investigador científico ilustrado -con matices románticos que recuerdan algunas de las afirmaciones habituales de los círculos nuevaeristas-, se encontraba en la isla canaria de Tenerife, en una escala que había de conducirle a Sudamérica (Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente, 1799-1804), acompañado de varias personalidades del cuerpo consular y otros científicos. La mañana del 21 de junio de 1799 ascendían el Teide, donde pasan la noche. Al amanecer del día 22 se encontraban en la Cueva del Hielo, trepando por las secas lavas del imponente volcán, cuando...

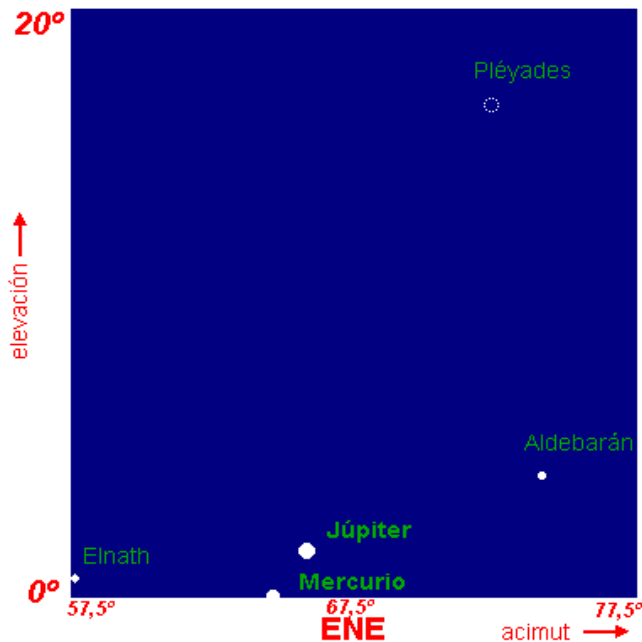
"... percibimos un muy curioso fenómeno de óptica. Creímos ver del lado del este cohetillos lanzados al aire. Puntos luminosos elevados 7 u 8 grados sobre el horizonte, parecían moverse al principio en sentido vertical; y poco a poco su movimiento se convertía en



La obra de Humboldt en la que cita su observación de la mañana del 22 de junio de

una verdadera oscilación horizontal que duraba ocho minutos. A la primera ojeada pensamos que estos puntos luminosos, que acá y allá voltejaban, eran indicio de alguna nueva erupción del Gran Volcán de Lanzarote (...); pero la ilusión cesó pronto, y reconocimos que los puntos luminosos eran las imágenes de varias estrellas, aumentadas por los vapores. A intervalos quedaban inmóviles estas imágenes, y luego parecían elevarse perpendicularmente, irse de lado al ascender, y volver al punto de donde habían partido. Estas apariencias de refracción lateral cesaron mucho antes de que la claridad del día hiciese enteramente invisibles las estrellas. El movimiento de los vapores vesiculares causado por el nacimiento del Sol, la mezcla de varias capas de aire cuya temperatura y densidad eran muy diferentes, contribuían sin duda a producir una dislocación de los astros en sentido horizontal. Algo análogo vemos en las fuertes ondulaciones del disco solar cuando rasca el horizonte" (3).

Lo que con toda probabilidad observó Humboldt no eran estrellas sino planetas, concretamente Mercurio y Júpiter, muy juntos por aquellas fechas después de una reciente conjunción y afectados por la refracción atmosférica, como el propio científico aseguró. A las seis de la mañana



Gráfica con la posición y la elevación angular de los planetas implicados en la observación de Humboldt (cortesía Manuel Borraz).

(Tiempo Universal), poco antes de que amaneciera –si entendemos por amanecer la salida del Sol, en el horizonte-, se encontraban al este (acimuts de 69,7° y 70,7° respectivamente), y a unos 9° y 11° de elevación angular sobre el horizonte (magnitudes -1.0 y -2.0) respectivamente, es decir, donde Humboldt afirmó haber visto las "misteriosas estrellas". El científico alemán no indica la hora de la observación ("comenzaba a rayar el día"), pero he calculado estos valores ciñéndome literalmente a la indicación del testigo.

Sin embargo, como me hizo notar el analista ufológico Manuel Borraz, las 6 de la mañana (TU) no parece la hora más apropiada en este caso para la contemplación de este fenómeno de refracción, puesto que, en ese momento, el Sol ya se encontraba a unos - 2,8° de elevación, ocultando completamente las estrellas y planetas. Si la hora real fue más temprana, las condiciones de visibilidad habrían sido mejores, debido al mayor efecto de la refracción atmosférica y a la ausencia de la deslumbrante luz solar. Según Borraz, el momento más adecuado para situar la observación son las 5,10 horas TU, cuando los valores que hemos considerado adoptaron estas magnitudes (ver ilustración 1):

Astro	Acimut	Elevación angular
Mercurio	64,1° (este-noreste)	En el horizonte
Júpiter	65,2° "	1° aprox.
Sol	54,7° "	-12° (oculto)

Humboldt -sigue explicando Borraz- habló de "unos puntos luminosos a 7° u 8° por encima del horizonte, aunque es posible que esta elevación fuera exagerada, pues cuando los dos luceros alcanzaron esa elevación (hacia las 5,45 TU) el Sol a estaba a unos -5,7° de elevación y ya no debían ser visibles las estrellas de primera magnitud. El propio Humboldt afirma que el fenómeno cesó mucho antes de desaparecer las estrellas con la luz del día", lo cual apoya la tesis de Borraz, que sitúa el incidente en las 5,10 horas de la mañana del 22 de junio de 1799, provocado por la distorsión en la imagen de dos planetas debido a la refracción atmosférica, circunstancia de la que los ufólogos tenemos abundantes referencias.

El curioso fenómeno no representó para Humboldt nada especial, de tal forma que no se preocupó de averiguar que los astros involucrados en la observación fueron planetas y no estrellas, algo que podría haber comprobado con una consulta a un astrónomo.

¿Qué habría pasado hoy en día cuando la creencia en objetos voladores no identificados y en "visiones de resplandores y apariciones" se halla perfectamente instalada en la conciencia colectiva de los occidentales desde los años 50? No es necesario especular: lo encontramos en la revista española *Enigmas de la ciencia* en su edición de junio de 1999. Con motivo de la festividad de la "mágica" noche de San Juan y las tradiciones populares de "apariciones misteriosas", se recogen las anteriores palabras de Humboldt pero **¡sin citar la explicación que el propio científico da a su observación!**, perpetuando un viejo error en torno a este suceso. NL

NOTAS:

- (1) Borraz, Manuel, Insólitos fenómenos celestes en el espacio, **Cuadernos de Ufología Nº 1**, 2ª época, 1988 (Fundación Anomalía).
- (2) Por ejemplo, las probables observaciones de bólidos anotadas por el ilustrador Juan Antonio de Urtusástegui en Diario de viaje a la isla de El Hierro en 1779 (edición de Manuel J. Lorenzo Perera, 1983. Centro de Estudios Africanos. Colectivo Cultural Valle de Taoro, Tenerife), nacido en el municipio tinerfeño de La Orotava (Islas Canarias) y que realizó dos viajes a la isla canaria de El Hierro en 1779 y 1785, al ser destinado como Gobernador de Armas.
- (3) Viaje a las Islas Canarias, Alejandro de Humboldt. Edición de Francisco Lemus Editor, La Laguna, 1995, pp. 110-1.